

reseña

## sobre *El país del miedo*; de Isaac Rosa\*

por Marta Sanz

Empecemos aclarando las cosas para que nadie se vea obligado a leer entrelíneas. *El país del miedo* es una excelente novela que a mí me hubiera encantado escribir porque comparto sus preguntas y admiro la inteligencia para contestarlas, la lucidez, la economía y el nervio expresivo con los que Isaac Rosa es capaz de transformar una inquietud en un texto literario que es, a la vez, un discurso urgente sobre la realidad, un discurso que debe ser oído entre la maraña de discursos.

En *El país del miedo*, con penetración y sencillez, Rosa se atreve a sacar una fotografía de esa parte de todos nosotros en la que nos angustia reconocernos: la cobardía, la maldad, la pereza, el espíritu acomodaticio, las ganas de estar ciegos y de que nos dejen en paz, la falsa inocencia en un tiempo y un espacio en el que todos, aunque nos pese, somos responsables. Como escritor, Rosa asume el riesgo de poner a los lectores en la incómoda posición de los picores nocturnos y de la sequedad de boca. Retratando a su narrador-personaje desde una perspectiva tan desfavorecedora como humana, saca el monstruo que todos llevamos dentro de los intestinos colaborando en nuestras buenas y malas digestiones de lo que sucede. Al escribir “una perspectiva tan desfavorecedora como humana” me doy cuenta de que conecto el dispositivo de la piedad como forma de justificación y que el dibujo de la mala conciencia - nuestra y de la voz de este libro- nos coloca en un sitio desde el que tal vez aún podamos rectificar o salvarnos: una exhibición absoluta de desesperanza sólo sería un ejemplo más de ese dogmatismo, entristecido y reaccionario, que caracteriza alguna de las narraciones de prestigio en nuestra historia literaria reciente.

La novela de Rosa pone a cada lector en la tesitura de juzgar si aún estamos a tiempo y si tenemos la voluntad de hacer correcciones; decidir si el fascismo es humano, si la irracionalidad es humana, si el miedo y la maldad son humanos, porque ésa es una de las preguntas que quizá late con más fuerza en la médula de *El país del miedo*: la de si la maldad es una cualidad innata o si es el resultado de un complejo proceso, un mecanismo de defensa frente a las agresiones de un entorno depredador y deshumanizado que cada día con nuestra acción colaboramos a construir. Un entorno que tiene nombres y apellidos, que es un barrio periférico pero no pobre de una gran ciudad, en España, hoy o hace unos días. Nos sentimos a la fuerza sobrecogidos por la capacidad del escritor para perfilar espacios urbanos a través de una cartografía del miedo que otra vez solapa las miradas del narrador y del lector: la ciudad



\*.- *El país del miedo*, de Isaac Rosa, ha sido publicado en 2008 por la editorial Seix-Barral de Barcelona.

se compartimenta en función de la actividad de sus habitantes; se marcan límites, no tan imaginarios, no tan irreales, que no se deben traspasar porque en ellos se acaba el mundo conocido. Nuevas religiones, nuevas mitologías, nuevas conductas supersticiosas, nuevos tabúes, que sustentan una acción política basada en el terror y en la necesidad de preservar la propia vida y los propios intereses. A cualquier precio.

Los espacios urbanos son reconocibles como también lo son algunos temas “de candente actualidad” —el *bulling*— que, en esta novela, dejan de ser oportunistas para convertirse en oportunos junto a otros que se silencian sistemáticamente en los medios de comunicación: pienso en el miedo abstracto a la pobreza y en el miedo concreto al pobre; pienso en los síntomas, las puntitas visibles del gran iceberg de un fascismo que cada vez arraiga con más fuerza en nuestro descolorido corazón.

La novela como género, más allá de esa morfología polivalente, de esa idiosincrasia mutante que a veces la caracteriza, suele dar cuenta de cómo un ser humano individual o un colectivo de seres humanos se definen *en* o *contra* el mundo. Decir que una novela “da cuenta de...” ya revela una posición frente a lo literario que podría ser cuestionada por muchos. Sin embargo, no me parece que el autor de *El país del miedo* discrepara de este punto de vista porque Rosa “da cuenta”, testimonia, retrata la naturaleza de un ser humano individual en permanente interacción con el colectivo del que forma parte: una manera de estar en la sociedad de nuestros días, que no se construye *contra* el mundo sino *en* el mundo. O lo que es peor, *bajo* el mundo. Escondidos bajo la alfombra del mundo, con temor a que nos encuentren, así, en esa tesitura, el miedo, como estrategia de manipulación, no sólo aniquila las libertades civiles, sino que nos convierte en monstruos depredadores, en monstruos medrosos: nuestra permeabilidad y sumisión al estado de cosas (*en* y *bajo* el mundo) es tal vez un rasgo de un espíritu de supervivencia que consiste en adormecer la conciencia crítica y tomar aire para no asfixiarnos.



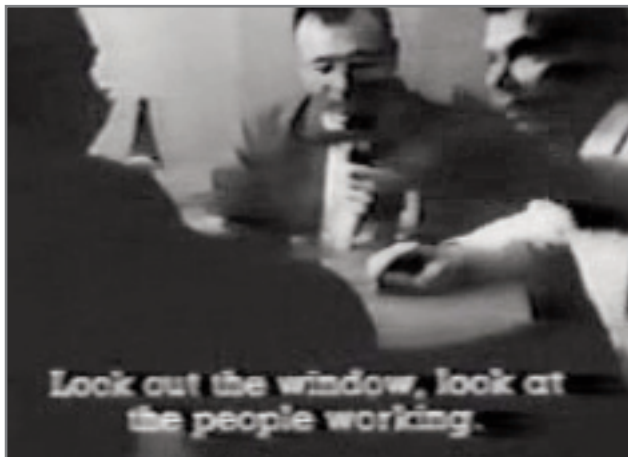
En la médula de esta novela laten preguntas a las que se tiene la valentía de responder: así, Rosa a la pregunta sobre qué significa ser valiente opone la peripecia del narrador-protagonista de este libro, un hombre que en el intento de defender a su hijo de la agresión de un compañero del instituto, saca lo peor de sí mismo bajo la máscara de la impotencia... Y la impotencia destruye a los más débiles y los más débiles no solemos ser quienes sabemos formular nuestra impotencia con palabras que nos justifican: la dialéctica víctima-verdugo, del débil y del fuerte, también alimenta *El país del miedo*. El escritor lo hace tan bien que, con cierta repugnancia, nos identificamos con el monstruo y con su vulnerabilidad. Incluso podríamos haber escrito las listas de las armas que más duelen, de los territorios del miedo o de las situaciones más claustrofóbicas que Carlos, el narrador-protagonista, desmenuza para nosotros haciéndonos evocar la morbosidad de los argumentos con los que nos decantaríamos entre pinchazo o pellizco, entre una muerte por fuego o por agua.

En la médula de esta novela laten preguntas a las que se tiene la valentía de responder: así, Rosa a la pregunta sobre qué significa ser valiente opone la peripecia del narrador-protagonista de este libro, un hombre que en el intento de defender a su hijo de la agresión de un compañero del instituto, saca lo peor de sí mismo bajo la máscara de la impotencia... Y la impotencia destruye a los más débiles y los más débiles no solemos ser quienes sabemos formular nuestra impotencia con palabras que nos justifican: la dialéctica víctima-verdugo, del débil y del fuerte, también alimenta *El país del miedo*. El escritor lo hace tan bien que, con cierta repugnancia, nos identificamos con el monstruo y con su vulnerabilidad. Incluso podríamos haber escrito las listas de las armas que más duelen, de los territorios del miedo o de las situaciones más claustrofóbicas que Carlos, el narrador-protagonista, desmenuza para nosotros haciéndonos evocar la morbosidad de los argumentos con los que nos decantaríamos entre pinchazo o pellizco, entre una muerte por fuego o por agua.

Rosa, a través de esta ficción —espeluznantemente posible— tiñe con colorante la transparente fibra de vidrio que vinculan el realismo con el género de terror: lo literario excede los límites del mero ejercicio de estilo porque se sustenta en una premisa moral, ética, pero sobre todo política. Los pensamientos de Carlos, a los que acabo de aludir, son *comunes* y también ese dato acredita el rigor de esta novela como artefacto coherente: la base de lo siniestro y de lo terrorífico, según Freud, consiste en que las cosas familiares se vuelven extrañas y todos nosotros vivimos en un universo marcado por una extrañeza que dimana de la desigualdad, de los intereses económicos que motivan las masacres, las depresiones, el deseo de irrealidad, las fantasmagorías y las muertes anticipadas. A la fuerza el mundo es horroroso: incluso la relación entre un padre protector y un hijo atemorizado termina por ser un encubrimiento en el que el cariño casi se diluye para convertirse en camuflaje de la propia cobardía, en excusa que sirve para explicar por qué la gente compra rifles y defiende su granja, su espacio acotado, sus cuatro paredes, “a los suyos”, contra la amenaza informe de lo desconocido o de lo invisible. El corazón, el amor hacia nuestros semejantes, hacia nuestros hijos, la visceralidad primaria de la consanguinidad, lo que nos dicen que tenemos de *más humano*, es la razón que naturaliza las acciones viles, los exterminios lentos y programados de

esos otros semejantes que, por su clase, no están tan próximos a nosotros. Quizá, no casualmente, ésta es una novela de hombres: el personaje de la madre se diluye y Rosa nos aleja del estereotipo que unifica maternidad, feminidad, instinto y naturaleza –frente a la civilización y la racionalidad viriles-, para poner la narración en las manos de un hombre acobardado que acaba ejerciendo una fuerza en diferido en la que no hay que sufrir con la contemplación de los efectos.

En todo caso, en *El país del miedo* se busca la síntesis dialéctica entre ciertas antagonías: el texto y el contexto, el individuo y el colectivo, el instinto y la civilización, la emoción y la razón... Desde ese marco de comprensión, el narrador-protagonista es un ser profundamente responsable, entre otras cosas, porque a menudo muestra una lucidez, una conciencia de su propia alienación, que más tarde contradicen sus acciones. Pero su culpa no es una culpa individual, sino una culpa colectiva. Tal vez es que su pánico –el pánico de todos- le impide actuar correctamente; tal vez, el único obstáculo es su propia comodidad –la de todos-. La tensión moral e ideológica del personaje cristaliza en una estructura narrativa claustrofóbica, en un entramado que genera angustia con la maestría de los grandes narradores de la literatura y del cine. Sin grandilocuencia. Sin tregua. Hacia lo que es inevitable. Haciendo uso de una fórmula que recuerda a los cuentos de ayer y de siempre: el bosque, el castillo, un cazador, un niño amenazado que guarda un secreto y se adentra en el follaje, un ángel de la guarda, un duende perverso, la ley, el resguardo del hogar. Después la esencia de cada personaje se pone en tela de juicio, se caen los disfraces del guiñol y el orden se desbarata, se corrompe.



La crónica de una, quizá, muerte anunciada renuncia en este texto de Isaac Rosa al gélido sentido del humor que era un rasgo definitorio de sus novelas anteriores y, con implacable austeridad, se critica ferozmente, pero sin pronunciar una sílaba más alta que otra, a las clases medias. Al final pasa lo que tiene que pasar. Rosa no engaña al lector –encerrado en su miedo también al leer este libro-, sino que aplica con precisa eficacia la lógica de un efecto mariposa que encadena causas y consecuencias actuando desde dentro hacia fuera y desde fuera hacia dentro.

Más preguntas y más respuestas alimentan estas páginas: ¿quiénes son los seres indefensos?, ¿la infancia?, ¿los pobres?, ¿los violentos?, ¿los pusilánimes?, ¿las minorías o las mayorías?, ¿los chabolistas o los residentes en bloques de pisos de ochenta metros cuadrados con calefacción central?, ¿qué significa estar indefenso?... En el desenlace, el autor se compromete. Durante la lectura de la novela, recordamos el *Columbine* de Michael Moore, a la Dafne de Maurier de *No mires atrás*, al Ibáñez Serrador de *¿Quién puede matar a un niño?* Al lado de éstos, hay otras obras, otros discursos que se nos van depositando sobre los ojos como una costra. En estas circunstancias no existen los productos culturales inocentes y cada vez resulta más complicado conseguir que las cosas visibles se vean. Esta novela lo consigue: los *meninhos da rua* están aquí, amenazándonos con sus hambres de pan o de amor, y todos somos o seremos en algún momento sus verdugos.